

PERSONAJES.

ACTORES.

---

Paula .....	<i>Sra. D<sup>ca</sup> Soledad Amat.</i>
Juana.....	<i>Sra. D<sup>ca</sup> María Cañete.</i>
Bernardo, zapatero,.....	<i>Sr. D. Crispin Romero.</i>
Manuel.....	<i>Sr. D. Felipe Montoya.</i>
D. Gerónimo, abogado.....	<i>Sr. D. Ponciano Butanda.</i>
D. Ricardo.....	<i>Sr. D. Mariano Arsinas.</i>
Un agente de policía.....	<i>Sr. D. Rafael Tousseau.</i>
D. Eduardo.....	<i>Sr. D. Felipe Rios.</i>
Un criado.....	<i>Sr. D. Juan Garibay.</i>

ACTO PRIMERO.

**LA LEVA.**

---



ACTO PRIMERO.

---

La escena representa un cuarto amueblado pobremente, con sillas de tela y mesas de madera blanca. Herramienta de zapatero.

---

ESCENA I.

JUANA Y BERNARDO

(dejando de trabajar.)

BERNARDO.—Me parece que he avanzado bastante. Ya no me es posible terminar otro par de zapatos, pero creo que con lo hecho basta, siquiera para que podamos pasar la semana.

JUANA.—Creo que sí, pero te olvidas que Delfina sigue mala, que no hemos tenido con qué pagar al médico, y...

BERNARDO.—Tienes razón; pobre de mi hija; también ella tiene que soportar nuestras miserias.

JUANA.—Es natural, y sobre todo, yo estoy inquieta como si algo malo hubiera de sucederme. Yo veo que mi hija sigue mala, y eso me tiene sumamente alarmada.

BERNARDO.—Si quieres, ahora que me den la *raya*, llamaré al médico; cuando apenas teníamos para comer, no era posible que lo hubiera hecho.

JUANA.—Sí, es verdad; luego que te den la *raya* trae



al médico. No quiera Dios que se muera nuestra hija; hoy lleva siete días de calentura y está muy trastornada, ya no me conoce, se resiste á probar sus alimentos, y yo no sé qué hacer.

BERNARDO.—No te aflijas, mujer; ya verás cómo Dios ha de querer que pronto esté buena: aunque tenga que pedir dinero á premio, hoy traeré al médico. Lo primero es la salud de Delfina; que mientras tenga fuerzas para trabajar, yo saldré de todos mis compromisos.

JUANA.—Como que ni habia querido decirte que esta mañana vino á cobrarte D. Anselmo lo que le debes.

BERNARDO.—¡D. Anselmo! Ese hombre me quiere sacrificar. Figúrate que me cobra unos réditos muy crecidos, porque se pasó el tiempo en que debia pagarle; ahora me exige mas del doble de la deuda.

JUANA.—Eso es sacrificar.

BERNARDO.—Sí, eso es sacrificarme.

JUANA.—Y luego que ya nada tenemos que empeñar; todo está en el Montepío desde la enfermedad de Paula, que gracias á Dios ya está buena.

BERNARDO.—Y á propósito de Paula, dime ¿no ha venido Manuel?

JUANA.—Sí; esta mañana cuando saliste, vino, y dijo, que con el cura ya está todo arreglado.

BERNARDO.—¿Y en el Registro Civil?

JUANA.—Tambien; dice que ya nada falta. ¡Y yo que voy á separarme de mi hija! (Llora.)

BERNARDO.—¡Vaya! no seas así. Con nosotros Paula no tiene porvenir; yo ya estoy viejo, y cansado de trabajar; y si pronto muero, ¿qué porvenir se le espera?

JUANA.—Pero al fin soy madre, y es natural que sienta su separacion.

BERNARDO.—Está bien; pero eso no debe afligirte, porque al cabo tarde ó temprano habia de suceder. Manuel es un artesano honrado, trabajador; no tiene grandes comodidades, pero mi hija podrá ser feliz con él, porque se quieren los dos. Ya ves; tú y yo no hemos vivido nunca sin penalidades, pero nuestro cariño nos ha hecho pasar la vida menos mal; nos hemos sabido comprender.

JUANA.—Pero tú has sido un modelo de esposos.

BERNARDO.—No, hija; tú eres la que has hecho de mí un hombre trabajador. El cariño á la familia me ha hecho laborioso y he buscado siempre cuanto pudiera ser á ustedes agradable.

JUANA.—Hijo, ya se hace tarde. ¿No vas á ver al patron á ver si te *rayan*?

BERNARDO.—Sí; ya voy á que me paguen este trabajo que en otro tiempo valia mucho mas.

JUANA.—Es cierto; de dia en dia pagan todo á menos precio.

BERNARDO.—El trabajo en nuestro pobre país, vale menos cada dia. La condicion del artesano es cada vez mas desgraciada. ¿Como en todo se nos sacrifica á lo que viene del extranjero!

JUANA.—Y luego con las máquinas.....

BERNARDO.—No, hija; las máquinas sirven de auxilio al hombre trabajador... No son ellas la causa de nuestro mal. Las gabelas que el gobierno impone á la industria mexicana y los favores que dispensa á la extranjera son la causa de los males que lamentamos.

JUANA.—Pero ¿por qué se empeña el gobierno en hacer la guerra á sus paisanos?

BERNARDO.—Porque así es todo en el mundo. Aquí valen mas las baratijas que han pasado aguas de mar, que los trabajos de nuestros obreros.

JUANA.—Y sufrimos nosotros por eso.

BERNARDO.—Sí, pero todo tiene fin en esta vida, y tal vez no está léjos el dia en que se aprecie un poco mas el trabajo de los mexicanos.

JUANA.—¡Ojalá que fuera cuanto antes!

BERNARDO.—Pero veo que me estoy divagando en la conversacion y no voy á ver al patron. Ya me voy. (Se pone á recoger su herramienta.)



## ESCENA II.

DICHOS Y PAULA.

PAULA.—Parece que Delfina sigue mejor; vengo de allá dentro y la he dejado quietecita.

BERNARDO.—Tal vez se habrá dormido.

PAULA.—Creo que sí.

JUANA.—Tu padre va á traer ahora al médico, á ver si algo le receta, y logramos que cuanto antes esté buena.

PAULA.—Dios lo quiera.

## ESCENA III.

DICHOS Y MANUEL.

MANUEL.—Buenas tardes!

JUANA.—Pase usted Manuel.

BERNARDO.—¿Cómo vamos? ¿qué hay de nuevo?

MANUEL.—No hay mas que malas noticias. Parece que la revolucion se pone fea.

BERNARDO.—¿Por qué?

MANUEL.—Yo no sé; pero el caso es que hay una leva espantosa. No se puede andar en la calle sin temor de que la policía le lleve á uno á la Diputacion.

PAULA.—Pues no salgan ustedes.

JUANA.—Sí, no salgan á la calle.

MANUEL.—El caso es que uno necesita salir.

BERNARDO.—Dice bien Manuel; se necesita salir para buscar la vida ¿qué haria uno encerrado entre cuatro paredes?

MANUEL.—Yo no sé como se llama republicano este gobierno, y lleva á uno á culatazos á engrosar las filas.

JUANA.—Todos los gobiernos han sido lo mismo.

BERNARDO.—Es la verdad.

JUANA.—Desde que yo era niña oia hablar de la leva, que siempre tuvo en alarma á toda mi familia.

BERNARDO.—Yo recuerdo que en tiempo de Santa-Anna, tomaron de leva á mi pobre padre.

MANUEL.—En ese tiempo quedé yo huérfano, segun me dicen, pues mi padre murió en una batalla.

JUANA.—¿Por qué habrá guerras? Era mejor que todos se pusieran en paz.

BERNARDO.—Hija, mientras los hombres sean ambiciosos y quieran estar arriba, siempre les hemos de servir de escalera.

JUANA.—¿Cómo se llamaba aquel señor que no quiso ser presidente?

BERNARDO.—El general Arista. Ese era un hombre patriota. Pero ahí tienes á unos les hacen la guerra por buenos, y á otros por malos. Al señor don Mariano le hacian la guerra porque no dejaba hacer negocio á los señores de palacio.

JUANA.—Sí; pero él no quiso que hubiera bola.

BERNARDO.—Qué habia de querer. El señor Arista era un hombre honrado y no quiso que por su causa se derramara una sola gota de sangre.

MANUEL.—Hizo bien; y la verdad que si yo fuera presidente, habia de hacer otro tanto.

PAULA.—¿Y qué hacen los presidentes?

MANUEL.—Pues gobernar al país.

BERNARDO.—Y vivir sobre los que trabajamos. Nosotros somos las víctimas de todos los malos gobiernos.

MANUEL.—Y es cierto.

BERNARDO.—A nosotros nos cobran todo mas caro cuando hay miseria, y nos pagan menos por nuestro trabajo.

PAULA.—Pero eso no es justo.

MANUEL.—Ya se vé que no, pero por ahora parece que la justicia no es de esta tierra.

BERNARDO.—Vaya y yo que me estoy hablando, sin acordarme que mi hija está mala. Voy á ver al patron, y de allí me pasaré á ver al médico.

JUANA.—No te dilates mucho, que yo tengo cuidado.

PAULA.—No vayan á tomar á usted de leva.



BERNARDO.—No hija, que cuando vea venir á la comision, me meteré en un zaguan.

MANUEL.—Sí; vaya usted con mucho cuidado.

BERNARDO.—Hasta luego. [*Se va*]

ESCENA IV.

DICHOS MENOS BERNARDO.

JUANA.—Yo me quedo con cuidado por Bernardo.

MANUEL.—No se aflija usted; ya verá como pronto vuelve sin haber sufrido nada.

JUANA.—Dios lo quiera.

PAULA.—Es buena mortificacion que una no pueda vivir nunca tranquila.

JUANA.—Son cosas de esta vida. Los que tienen dinero son los únicos que gozan de comodidades; los pobres sufrimos á todas horas.

MANUEL.—Es cierto, nosotros siempre estamos espuestos á todo lo malo.

JUANA.—Voy á ver á mi hija; no se vaya á despertar (*Se va.*)

ESCENA V.

PAULA Y MANUEL.

PAULA.—¿Por qué no viniste anoche? Te estuvimos esperando.

MANUEL.—Porque tuvimos que velar en la carpintería para entregar unos muebles esta mañana.

PAULA.—Mira que á mi no me engañas.

MANUEL.—Nunca he tenido para qué engañarte.

PAULA.—Es que luego.....

MANUEL.—¿No vine esta mañana?

PAULA.—Sí pero.....

MANUEL.—Pues esta mañana estaba desocupado y como ya se entregó la obra, en la tarde salimos mas temprano del taller, y luego me vine para acá.

PAULA.—¿No fuiste á otra parte?

MANUEL.—¿A qué?

PAULA.—Tú lo sabrás mejor que yo.

MANUEL.—Francamente, no entiendo una sola palabra de lo que me estás diciendo.

PAULA.—Pues si no entiendes, será porque no quieres, porque me parecè que hablo bastante claro.

MANUEL.—¿Bah!, explícame.

PAULA.—¿Quieres que te endulce el oido?

MANUEL.—¿Y dale!

PAULA.—Ya sé que tú vas muy seguido allí enfrente.

MANUEL.—¿A casa de D. Sóstenes?

PAULA.—Sí.

MANUEL.—Pero eso no tiene nada de particular, don Sóstenes es para mí una persona de mucho cariño, le debo muchos favores y.....

PAULA.—Pero no solo vas por él.

MANUEL.—Yo no sé por quién.

PAULA.—Es que Romana no te parece costal de alesnas.

MANUEL.—¿Su hija?

PAULA.—Sí.

MANUEL.—Vaya que me das risa. ¿No sabes que Romana está para casarse? y luego que yo nunca le he dicho nada; te lo puedo asegurar.

PAULA.—Si ustedes los hombres son muy malos, no hay que creerles una sola palabra de todo lo que dicen.

MANUEL.—Tú estás celosa y no tienes razon.

PAULA.—Siempre dicen lo mismo, y el caso es que una...

MANUEL.—Ya me conoces. Yo no soy capaz de engañarte.

PAULA.—Pero á mí me han dicho que tú vas muy seguido á su casa, y eso siempre no me gusta.

MANUEL.—Ya te he dicho por qué voy. No seas celosa.

PAULA.—Dios me libre de serlo; yo solo sospechaba que ella te queria atrapar.



MANUEL.—Vaya, tú no sabes lo que dices, Paula. ¿Quién había de ponerse á conquistarme?

PAULA.—Ello es que como suceden tantas cosas...

MANUEL.—No tengas cuidado, que si quieres no iré mas que de tarde en tarde á la casa de D. Sóstenes. ¿Te contentas con eso?

PAULA.—No lo mereces. Si los hombres...

MANUEL.—¿Qué?

PAULA.—El mejor no sirve mas que para hacer perjuicios.

MANUEL.—Déjate de tonterías: los hombres no son tan malos, cuando ustedes hacen de ellos todo lo que quieren.

PAULA.—Si se dejan.

MANUEL.—Es el caso que ellos siempre se dejan. Son como los borregos, se dejan llevar por ustedes hasta un precipicio.

PAULA.—Ojalá que eso fuera verdad.

MANUEL.—Pues si lo es..... (pausa) pero á todo esto, ¿se te pasó el enojo?

PAULA.—Sí.

MANUEL.—¿No me volverás á reconvenir?

PAULA.—Siempre que no me engañes.

MANUEL.—Puedes estar segura de que yo no te engaño, ni te engañaré nunca. Sé cumplir mi palabra aunque me esté feo el decirlo.

PAULA.—Pues si no me has de engañar, entonces si me contento contigo, sino francamente...

MANUEL.—No hablemos de esto. Voy á traerte tu regalo de todos los sábados.

PAULA.—¿Qué?

MANUEL.—No te lo he de decir.

PAULA.—Sí; yo quiero saber; anda dime, ¿qué me vas á traer?

MANUEL.—Espérate y lo veras; no me dilato.

PAULA.—Pero....

MANUEL.—No seas curiosa.... ya vuelvo. (se vá)

## ESCENA VI.

PAULA.

PAULA.—Y se fué. ¿Qué me irá á traer? ¡Pobre de Manuel, yo siempre le estoy dando celos, pero él es tan bueno conmigo.....!

## ESCENA VII.

PAULA Y JUANA.

JUANA.—Hija, parece que tu hermana está muy grave. Ya hace mucho que se fué tu padre y no vuelve.

PAULA.—No madre, hace poco que salió.

JUANA.—Sí, pero yo estoy tan impaciente, que me parecen años los que se dilata.

PAULA.—Tenga usted paciencia, qué no ha de tardar en venir.

JUANA.—No sé por qué tengo tanto cuidado con la enfermedad de tu hermana.

PAULA.—¡Vaya! porque es usted tan buena. A mí tambien me cuidó usted mucho en mi enfermedad, y sino hubiera sido por eso, tal vez me hubiera muerto.

JUANA.—Bendito sea Dios que no, y que te conservó la vida.

PAULA.—¿Por qué no le hace usted otros remedios á Delfina?

JUANA.—Es mejor esperar á que venga el médico: él ha de saber mejor lo que tiene, y con las medicinas de la botica se pondrá bien, los remedios caseros no sirven en estos casos.

PAULA.—Yo estoy en que siempre sirven bastante; á mí nadie me quita de la cabeza que me alivié con aquella bebida que usted me dió.

JUANA.—Puede ser; pero siempre esperaremos á que venga el médico.

PAULA.—Si usted quiere lo esperaremos.



## ESCENA VIII.

DICHOS Y D. EDUARDO.

JUANA.—Tocan la puerta.

PAULA.—Pase usted, señor.

EDUARDO.—¿No está aquí Bernardo?

JUANA.—No Señor, acaba de salir.

EDUARDO.—¿A donde fué?

JUANA.—A ver al médico, porque tenemos enferma á mi otra hija, ya va á hacer ocho días.

EDUARDO.—¿Y hasta ahora van á ver al médico?

PAULA.—Si Señor.

EDUARDO.—¿Vaya una idolencia!

JUANA.—Como somos tan pobres y á veces nos falta hasta lo muy necesario para comer, ¿qué queria usted que hiciéramos?

EDUARDO.—Por los hijos todo se sacrifica; pero bien visto eso nada me importa. Yo he venido á otra cosa.

PAULA.—¿Qué?

JUANA.—Pero no está aquí Bernardo.

EDUARDO.—Pues bien señora, dígame usted á su marido que ya hace mas de dos meses que no me paga la renta de la casa y que tengo orden del juez para que me la desocupen sino me pagan mañana mismo.

JUANA.—Pero, Señor.....

EDUARDO.—¿Qué quiere usted? Ya es mucho tiempo, y se me hace mala obra.

PAULA.—¿Pero nos haria usted el favor de esperar á que se alivie mi hermana?

EDUARDO.—¿Y quién me indemniza de los daños y perjuicios que sufra con esta demora?

JUANA.—Dios le ha de pagar á usted que sea caritativo con nosotros.

EDUARDO.—Siempre dicen ustedes lo mismo, y es el caso que yo no veo trazas de que su marido me pague.

PAULA.—Pero Señor, usted no tiene necesidad....

EDUARDO.—¿Que no tengo necesidad? Los tiempos están bastante malos, y yo les puedo asegurar que el dinero nunca está de sobra.

JUANA.—Ya se ve; pero nosotros, Señor, tenemos enferma; el trabajo está escaso y mal pagado; vivimos en fin, con grandes apuraciones.

EDUARDO.—Esa culpa no es mia; yo tengo mi casa para alquilarla, no para que vivan en ella de balde.

PAULA.—Señor, todo se pagará.

EDUARDO.—Sí, el día del juicio; y entre tanto el gobierno exige las contribuciones; sobre todo las que ha impuesto con motivo de sus facultades extraordinarias.

JUANA.—Permítanos usted siquiera quince días para buscar casa y ver si mi hija se mejora.

EDUARDO.—Yo no puedo perder el tiempo, que es para mí, dinero. Mañana me harán ustedes el obsequio de desocuparme la casa, sino quieren que los agentes de la justicia echen esos trastos á la calle.

JUANA.—Señor yo le ruego á usted que tenga compasion de nosotros.

PAULA.—Sí; yo tambien se lo suplico. No es posible que salgamos mañana de esta casa.

EDUARDO.—Lo siento mucho, pero nada me es posible hacer por ustedes. Señora hágame usted el favor de avisarle á su marido.

JUANA.—Pero....

EDUARDO.—Que pasen ustedes buenas tardes. (*se vá*)

## ESCENA IX.

PAULA Y JUANA.

JUANA.—Mañana mismo, no puede ser. ¿Cómo hemos de desocupar la casa estando tu hermana enferma?

PAULA.—Pero no, quizá Don Eduardo accederá á las súplicas que le hicimos.

JUANA.—No hija. Los ricos siempre tienen corazon de piedra y no escuchan las quejas de los pobres.



PAULA.—¿Pero esos hombres no tienen alma?

JUANA.—No comprenden los sufrimientos á que estamos espuestos los pobres; como viven llenos de tesoros y nada les falta....

PAULA.—Por eso no socorren á los pobres en su desgracia.

JUANA.—¿Pero qué haremos?

PAULA.—Conformarnos con nuestra suerte.

JUANA.—Pero esto no puede ser; tu hermana está enferma y no tenemos recursos. Para tomar otra casa se necesita fianza y nosotros no tenemos quien nos la dé, y luego que ¿dónde podemos irnos? No se puede. Tus vestidos están en el montepío; el que traes puesto es el mejorcito; yo no tengo ya nada, pues llevé á la esquina antier aquel anillo que me regaló mi padre y era lo que me quedaba.

PAULA.—Madre; iré á servir en alguna parte; con lo que gane podré ayudar á ustedes. Le ofrecemos á Don Eduardo mi sueldo, y él viendo que tenemos disposicion de pagarle, no nos echará de la casa.

JUANA.—Dices bien; pero se paga tan mal á las sirvientas y luego que eso no puede ser; tú te vas á casar y dentro de pocos dias ya eres de tu marido.

PAULA.—Manuel me permitirá trabajar para ayudar á ustedes.

JUANA.—No, hija, él no puede permitir eso, figúrate ¿qué dirian sus compañeros?

PAULA.—Pero es necesario que paguemos, porque si no nos echan de esta casa.

JUANA.—Deja esos pensamientos, y ve á ver á tu hermana.

PAULA.—Sí, madre. *(se vá.)*

### ESCENA X.

JUANA.

JUANA.—Pobre de Paula; tan buena. Ella quisiera poder-nos ayudar, pero es imposible. Son tantos mis pesares que no sé como Dios me ha dado fuerzas para resistirlos.

### ESCENA XI.

JUANA Y PAULA.

PAULA.—Madre, Delfina está ardiendo en calentura; dice que tiene sed. Seria bueno darle una poca de agua fresca.

JUANA.—Dices bien... pero se me olvidaba que ayer se acabaron los limones y no hay con que comprar.

PAULA.—¿Qué desgracia es ser pobre!

JUANA.—Pero en fin, dale aunque sea una poca de agua de azúcar... Ahí están unos terroncitos sobre la mesa.

PAULA.—Se me ocurre una idea.

JUANA.—¿Cuál?

PAULA.—Voy á pedirle una naranja á D' Petra, la vecina; ya sabe usted que es una persona muy buena.

JUANA.—Es tan feo pedir.....

PAULA.—Pero es para mi hermana que está mala.

JUANA.—Anda y no te dilates.

### ESCENA XII.

JUANA.

JUANA.—Decididamente mi hija tiene un corazon de ángel. Dios la bendiga.

### ESCENA XIII.

JUANA Y D. RICARDO,

RICARDO.—¿Se puede entrar?

JUANA.—Pase usted señor.

RICARDO.—¿No está aquí el maestro? (Y no está aquí la muchacha.)



JUANA.—No Señor; salió no hace mucho, pero me parece que no debe tardar. Si quiere usted esperararlo....

RICARDO.—(¿Donde estará la otra?) Yo tengo mucho que hacer.

JUANA.—Si yo puedo saber....

RICARDO.—Venía á que me tomara medida para hacerme unos botines.

JUANA.—Si usted quiere dejar dicho donde, él pasará á la casa de usted, tan luego como venga.

RICARDO.—No; mejor volveré dentro de un rato ó mañana. Hasta luego, señora. (Y la otra que no ha salido. Volveré.)

JUANA.—Adios.

---

ESCENA XIV.

JUANA Y PAULA.

PAULA.—Madre, no lo quiero creer. ¡Qué desgracia!

JUANA.—¿Qué te pasa?

PAULA.—Que se han llevado de leva á mi padre y á Manuel.

JUANA.—No puede ser.

PAULA.—Si me lo ha dicho el hijo de D.<sup>a</sup> Petra que los vió. Dice que Manuel quiso defender á mi padre, y entonces los de la comision les dieron de cintarazos á los dos y se los llevaron.

JUANA.—¡Virgen santa! ¿Qué haremos?

PAULA.—¡Madre de mi alma!

JUANA.—¡Malditos sean los que así nos hacen llorar!

---

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

LA

**GENEROSIDAD.**

---